

ESPAÑA EVANGÉLICA



NAVIDAD DE 1926

25 Cents.

Ayuntamiento de Madrid

España Evangélica

AÑO VII. — NÚM. 361

Madrid, 23 de Diciembre de 1926

PRECIO: 25 CÉNTS.

VOCES DE JÚBILLO

LODO era como torbellino de espesa bruma y de tiniebla densa, con acompañamiento de salmodia fúnebre en el campo de la idea, hace mil novecientos veintiséis años.

Las clases más instruidas del Imperio romano, mofándose de los dioses, hacían una labor destructora, influyendo poderosamente en el espíritu humano para lograr la desaparición en el mundo de toda creencia religiosa.

La secta de los saduceos, en el seno mismo del pueblo hebreo, adentrando cada vez más en el campo del grosero materialismo, apartaba al hombre de toda creencia en la resurrección, sin poder inspirarle ni el más leve consuelo ni la más leve esperanza acerca de su eterno porvenir.

La escuela de los fariseos, sustituyendo la pureza de la ley por la multiplicidad de vanas fórmulas, anteponiendo el rigor de la letra que mata a la substanciabilidad del espíritu que vivifica, apartaba al hombre de Dios y por doquiera el hálito impuro de las pasiones, brotando por los resquebrajamientos de estos «sepulcros blanqueados», emponzoñaba la atmósfera religiosa que circundaba la nación y cobijaba en ella a los judíos más sencillos y piadosos.

El relajamiento de las costumbres era enorme, habiendo alcanzado el estado de inmoralidad que describe el apóstol Pablo en la segunda parte del primer capítulo de su carta a los romanos, y el repugnante vicio que ha puesto de manifiesto la reaparición de las ruinas de Pompeya.

Todo era tenebrosidad en la religión, en la moral y en las costumbres. El viejo mundo del antiguo pacto se descomponía y desmoronaba, ensanchando el insondable abismo abierto entre Dios y el hombre por la rebeldía y desobediencia de nuestros primeros padres. Pero Dios, en su infinita bondad y misericordia, jamás había dejado iluminar desde el cielo el camino a seguir por el hombre en la tierra, ora haciendo surgir en el horizonte de la vida humana estrellas de esplendente luz, ora suscitando del seno mismo del pueblo hebreo hombres instruidos y

fervorosos creyentes, como los profetas, ora enviando al mundo legiones de ángeles y de sabios que dejaron huella profunda de su paso por la tierra, y aun marcaron el tránsito de una a otra época de la Historia. Moisés, Isaías, Hageo, Daniel y otros, fueron los heraldos y voceros anunciadores del advenimiento del Mesías prometido al hombre por Dios.

En el corazón y en la mente de unos pocos, «sal de la tierra», se mantenía latente esa esperanza que infundieron los profetas, y creían que muy pronto se cumpliría la divina promesa.

Oraban y esperaban.

Santas personas como el piadoso y justo Simeón y la profetisa Ana, que esperaban con espiritual unción la consolación de Israel, experimentaron el gozo inefable de vivir hasta que tuvieron al niño Jesús en sus brazos y bendijeron por ello a Dios.

Así fué como Él había preparado el acontecimiento más sencillamente sublime y majestuosamente grandioso que registra la historia de la Humanidad: la aparición en la tierra del Unigénito del Padre, del Ungido de Dios, en su propio seno y de su propia substancia, para Redentor del género humano.

A través de los espesos muros de esas tinieblas densas que circundaban el horizonte moral y religioso del pueblo escogido, un punto brillante se vislumbra en la lejanía del horizonte, llamando poderosamente la atención de las gentes. Lenta y majestuosamente se agranda y adquiere forma de estrella de primera magnitud, hermosa y refulgente como ninguna, refulgencia y hermosura que se aproxima a la tierra.

Los astrónomos de la época adentran en el firmamento sus catalejos, la observan cuidadosamente y la señalan al fin como el símbolo revelador del surgimiento insólito de la vida de un ser excepcional que viene al mundo para cumplir una misión redentora. Y con la mirada en el espacio y la mente en las Sagradas Escrituras, caminan del Oriente a Jerusalem e indagan por medio de los príncipes de los sacerdotes y de los escribas del pueblo dónde había de nacer el Cristo.

«En Bethlehem», les dicen. Y hacia Bethlehem caminan gozosos. La estrella

les guía, rutilante por el firmamento, hasta fijarse en el cénit de aquel humilde lugar, en donde el Niño Dios-reposaba.

Regocijadas sus almas y repletos de unción sus corazones, se postran ante Él, le adoran, le ofrecen sus tesoros, y llenos de santa alegría retornan a su tierra, haciendo a las gentes partícipes de estas nuevas de inefable gozo.

El sol de la mañana extiende sus primeros rayos sobre la haz de la tierra. Las sombras funestas de la noche han desaparecido. La luz se difunde más cuanto más el día avanza. Las densas tinieblas se disipan... el cielo aparece ya diáfano y transparente. El luminar del día brilla con todo su esplendor, y la claridad de Dios cerca de resplandor a los humildes, inspirándoles confianza. «No temáis», fué la voz del ángel a los pastores. «No temáis, porque he aquí os doy nuevas de gran gozo, que serán para todo el pueblo: que os es nacido hoy, en la ciudad de David, un Salvador, que es CRISTO EL SEÑOR.» Y estallan por doquier voces de júbilo, coros de querubines, ejércitos celestiales, que claman: «Gloria a Dios en las alturas, y paz, buena voluntad, para con los hombres en la tierra.» Y el ángel repitió la voz de júbilo más intensa que se oyera en los montes, y repercutiera en los valles, y se extendiera por la tierra: «¡Os doy nuevas de gran gozo!» «¡Os ha nacido hoy un Salvador!»

Celebremos cada año el nacimiento del Mesías con estas mismas voces de júbilo, con esta sana y santa alegría. El sol esplendoroso de la divina ciencia que nos enseña a amar a Dios, brilla con gran intensidad en los corazones, cuando, lavados y purificados por la sangre de Jesucristo, nos cobijamos bajo el influjo de sus benéficos rayos.

¡Seguid, seguid, cristianos, elevando al cielo vuestras voces de júbilo, porque el Cristianismo no es solamente una religión pura y sin mancha, sino también una potencia, una fuerza divina, actuando constantemente en todos los pueblos en su estado de civilización, en la política, en la religión, en la moral, en las costumbres, que actúa, preparando así el advenimiento del reino de Dios, «a cuyo término sin cesar la Humanidad camina»!

TOMÁS ALONSO.

LA NAVIDAD EN LA CALLE

LA fiesta de Navidad es la más popular. Es la fiesta que une, cual ninguna otra, en amigable consorcio los dos polos de la existencia humana: los niños y los viejos. Es la fiesta de la alegría de todos: alegría a los niños por la esperanza risueña; a los viejos, por el recuerdo placentero; esperanza y recuerdos de santo gozo, que sólo el Divino Niño Jesús puede inspirar y ha inspirado siempre a los corazones cristianos que latén, lo mismo en los comienzos que en las postrimerías de la vida, a impulsos de las dulces emociones que evoca la memoria del bendito Nacimiento.

Es natural la alegría de Navidad. Ya el célico mensajero se lo dice así a los sencillos pastores de las cercanías de Belén: «No temáis, porque he aquí os doy nuevas de gran gozo que será para todo el pueblo: Que os ha nacido hoy en la ciudad de David un Salvador, que es Cristo, el Señor...»

Y ante tan feliz nueva, ante la fiesta que la conmemora, ¿cómo no alegrarse el pueblo cristiano, cómo no cantar alborozados, sintiendo puros gozos al oír repetir nuestro himno «¡La salud os ha venido!»... «¡Cristo os ha nacido!»?

Y es natural también que esta alegría, al llenar el alma, se desborde por doquier, sin contenerse en los estrechos límites del hogar, ni siquiera en los más amplios del templo, y salga a la calle y quiera comunicarse a todos y haga a todos cantar el himno de la fe y de la gratitud. Los pastores mis-

mos, al correr «apriesa» al portal para ver y adorar al Divino Infante, no se contentarían tampoco en su alborozo y seguramente despertarían a los pacíficos moradores de Belén con sus rústicas canciones, que irían por el aire a confundirse con el eco del celestial concierto de los ángeles, que alababan a Dios y decían: «¡Gloria en las alturas a Dios y en la tie-

Pero entendámonos. Hay alegría callejera sana y santa, que el Niño Jesús bendice, y alegrías locas que no puede aceptar el Niño Jesús. La alegría de un corazón limpio y santificado por la fe en Cristo que nace y por la gratitud hacia un inmenso sacrificio, que comienza vertiendo lágrimas en la cunita de Belén y termina derramando sangre en la cima del Calvario; la alegría de esos cantares del alma, de esos *villancicos*, toda poesía y gracia popular, que con sus ritmos y cadencias armoniosas

llenan los espacios y atraen a los transeúntes que se suman se gozosos al coro; la alegría que empuja y hace correr por la calle al cristiano que, pensando en el Niño de Belén pobre, aterido y sin hogar, se acuerda de los que no tienen pan, ni abrigo, ni casa, y va a consolarlos con el aguinaldo del amor cristiano. ¡Ah! Esa alegría de la Navidad en la calle es la alegría que acepta y bendice Jesús y en ella se recrea...

Pero esa otra alegría bullanguera que, en vez de pensar en los demás, piensa sólo en sí para hartarse de placeres carnales; que no prorrumpe en cánticos de bendición, sino en blasfemias y en palabras groseras; que no brota, en fin, de un corazón limpio, sino del cuerpo ebrio de vino y emponzoñado por el vicio; ¡oh!, esa alegría es indigna, no ya del pueblo cristiano, sino hasta del hombre medianamente civilizado. Mentira parece que puedan darse en



LA VIRGEN Y EL NIÑO

(Cuadro de Morales.)

rra paz!...» Y cantando regresarían después por las calles de Belén cuando se volvieron los pastores, glorificando y alabando a Dios de todas las cosas que habían oído y visto...

¡Bienvenida, pues, sea la alegría de la Navidad en la calle!

pueblos educados y dominados por una Iglesia que se llama cristiana, que debiera saber lo que es, lo que significa y demanda el recuerdo del glorioso Nacimiento de Jesús, espectáculos tan repugnantes como los que se presencian en las fiestas de Navidad.

¡Qué diferencia entre la Navidad en la calle de los pueblos evangélicos y la de los pueblos católico-romanos! En aquellos todo es armonía, paz y santo esparcimiento. Los cánticos alrededor del Arbolito de Navidad que en todos los hogares cristianos celebran el bendito Natalicio del Niño Jesús, trascendiendo a la calle y llenando su eco de inefable emoción el alma de los que de lejos lo perciben; las familias y amigos que de una en otra casa van visitándose y felicitándose mutuamente las Pascuas, y luego a la iglesia, donde niños y viejos, hombres y mujeres, cantan al Niño Dios y meditan sobre el fausto acontecimiento, sobre el Misterio del amor de Dios para con sus criaturas, y después a la calle otra vez en busca del dolor para aliviarlo, de la miseria para socorrerla y de la desgracia para remediarla. Y por la calle va también o atravesando los mares y los montes el *cheque misionero*, que quiere levantar templos al Señor o sostener iglesias pobres y propagar la Palabra de Dios. Todo esto es la Navidad en la calle de los pueblos evangélicos...

¿Es así la de los pueblos católico-romanos? Quisiéralo Dios; pero lo que vemos es cosa bien distinta, por desgracia. Mucho ruido de zambombas y panderos y otros instrumentos nada armónicos, pero poca fe, poca religiosidad, poco amor. Hasta en los templos la ruidosa *Misa del gallo* y las *Pastorelas* irreverentes concuerdan bien poco con lo augusto del Misterio sacratísimo que se conmemora.

Lejos de nuestro ánimo, muy lejos, querer exagerar el contraste; pero al recordar en este tiempo, como recordamos con gozo, nuestro paso por Nueva York en la Navidad del 1924 y pensar en aquellos días en que sólo se advertía por las calles y avenidas de la gran urbe el sonido de la campanilla de los «salvacionistas», que pedía para sus instituciones sociales benéficas, y el ruido tranquilo de los niños y gentes de fe cristiana que iban a sus fiestas religiosas de Navidad en los templos y en los hogares, y el pacífico correr de los carteros que iban a llevar el cheque de Navidad a los necesitados, y querer comparar todo esto con la algarabía y ruido ensordecedor de nuestras calles en las fiestas de Navidad, nosotros no dudamos en la elección: Preferimos la «sosería» de la religión evangélica, que huye de estrépitos por las calles, a la «gracia» y bullanga de la religión romana, que todo lo convierte en *mucho ruido... y pocas nueces*.

Alegria por alegría, nos quedamos con aquella silenciosa y tranquila que en Navidad sólo sale a la calle para ir al templo a cantar con todos los hermanos el «Gloria en las alturas a Dios y en la tierra paz», y luego en busca de los ateridos para darles calor, de los hambrientos

para darles pan, de los tristes para darles consuelo. A eso vino Cristo al mundo y para eso recorrió calles y plazas, y únicamente el que sigue más cerca a Cristo es el que celebra mejor las Navidades en la calle...

AGUSTÍN ARENALES.

HISTORIA ETERNA

Para mi hermana Ramonita.

Así como remonta
el ave el aire,
y alegre y presurosa
va de un confin a otro confin del cielo,
y dejando el frío Norte, halla consuelo
en el cálido Sur, donde detiene el vuelo,
así mi alma atrevida,
cansada de las cosas de la vida,
bate las alas de la fe ardorosa,
y traspasando el éter infinito,
llega a los pies del Salvador bendito,
donde se alberga mustia y temblorosa.

Al ir de sol en sol,
de una estrella a otra estrella,
pasa de gloria en gloria,
grabando en su experiencia esta memoria:
que el tema de las lenguas celestiales
de los seres de luz, angelicales,
una vivida nota sólo encierra:
la Historia de Jesús,
de Jesús el recuerdo que se aferra,
porque su obra de amor aquí en la tierra,
su paciente servicio, su trabajo,
sin cesar más se ahonda y más se aviva;
nosotros lo tratamos aquí abajo
y los santos lo tratan allá arriba.

Es un recuerdo dulce,
es una historia grata,
el recuerdo de cosas inefables,
la historia de sucesos admirables,
perdida en los arcanos de inmensa eternidad.
Es manantial de tiernas añoranzas,
admirable registro de esperanzas
para la Humanidad...

Nuestros primeros padres,
que Dios hizo
para gozar del santo Paraíso,
salen de allí expulsados;
Eva, con el hondo dolor que su alma hería;
Adán, convulso y grave bajo el peso de bár-
[bara agonía;
llorando su desgracia, su Edén que se perdía.
Sienten los dos vergüenza cuando se ven des-
[nudos;
comen su pan a costa de mil trabajos rudos;
la senda antes florida de perfumados nardos,
está sembrada ahora de punzadores cardos;
trocóse el blando lecho
de jazmines y rosas y claveles,
en áspero y pelado terraplén...
faltan de las colmenas las delicadas mieles,
sus labios se humedecen con amargor de hieles...
perdieron toda dicha, perdieron el Edén.

Es fruto del pecado:
de la desobediencia la manzana
que el mundo sin cesar ha saboreado.
Eva y Adán se alejan, se alejan del camino,
se vuelven contra Dios... y entonces el destino
convierte en culpa vil lo que antes fue divino.
Porque despedazaron juntos la cándida ino-
[cencia,
porque violaron juntos la voz de la conciencia,
y heredaron sus hijos toda la cruel herencia...
Naturaleza misma se altera y se demuda,
hasta la mansa bestia ya se convierte en fiera,
el Mal lo invade todo y Satanás impera,
sale del corazón la fe y entra la duda.

La Humanidad perdida
yace envuelta en fúnebres negros;
ha perdido su encanto ya la vida,
la aurora sus fulgores.

Todo en el mundo es triste, todo se ve sombrío:
en su torcido cauce se arrastra turbio el río;
las azucenas mueren heladas por el frío;
la flor no tiene aromas;
no cantan, sino gimen, las palomas;
la alondra placentera está callada;
venen peladas, secas las colinas;
las rosas con espinas;
y teñida de sangre la alborada.

Mas hay una esperanza,
que brota de dulcísima promesa
y brilla entre las sombras refulgente.
A Eva dijo Dios: de tu simiente
saldrá el Libertador,
y su nombre es Jesús, nombre de luz;
Jesús, nombre de amor.
Nombre dissipador de toda sombra,
que da la vida a quien con fe le nombra,
que salva al hombre, y quita
sus males, sus angustias, sus cuidados,
alivia su dolor, sana su cura,
endulza para siempre sus tristezas,
le da paz y promete celestiales riquezas,
que con piedad perdona su pecado,
y ya salvado,
como un hijo de Dios es aceptado.

Este es el símbolo de la Navidad;
este Jesús, el secreto de la felicidad,
dulce Niño que viene desde la eterna gloria,
protagonista excelso de aquella eterna historia,
sembrador de esperanzas para la Humanidad...
Admirable, Padre eterno,
Príncipe de paz glorioso,
Consejero y Rey fuerte, Señor maravilloso,
de Dios santo Cordero, Creador sabio y fe-
[cundo,
dulcísimo Mesías, el Redentor del mundo.

Cuando vino el Señor para salvarnos
y colmarnos de amor,
nació del seno de una virgen pura,
cumplió las profecías
de la Santa Escritura,
puso de nuevo fe en los corazones,
y quitó la tristura;
otra vez el perfume dió a las rosas;
su presencia y ternura
de belleza inundó todas las cosas:
ya los jardines tienen delicados aromas;
arrullan dulcemente las tímidas palomas;
se agrandan las corolas, se menguan las es-
[pinas;
se anuncia el Evangelio de páginas divinas;
se hunde en los abismos la cruda desconfianza
y renace en los pechos bendita la esperanza.

Es un recuerdo dulce,
es una historia grata,
el recuerdo de cosas inefables,
la historia de sucesos admirables
perdida en los arcanos de inmensa eternidad...
Es manantial de tiernas añoranzas,
admirable registro de bienaventuranzas
para la Humanidad...

Y así como remonta
el ave al aire,
y alegre y presurosa
va de un confin a otro confin del cielo,
y dejando el frío Norte halla consuelo
en el cálido Sur, donde detiene el vuelo,
así mi alma aterida,
cansada de las cosas de la vida,
bate las alas de la fe ardorosa,
y traspasando el éter infinito
llega a los pies del Salvador bendito
donde se alberga tímida y gozosa...!

ANTONIO B. CARRERO,
Mejicano.

Nueva York, Navidad de 1926.

LA NAVIDAD EN EL HOGAR

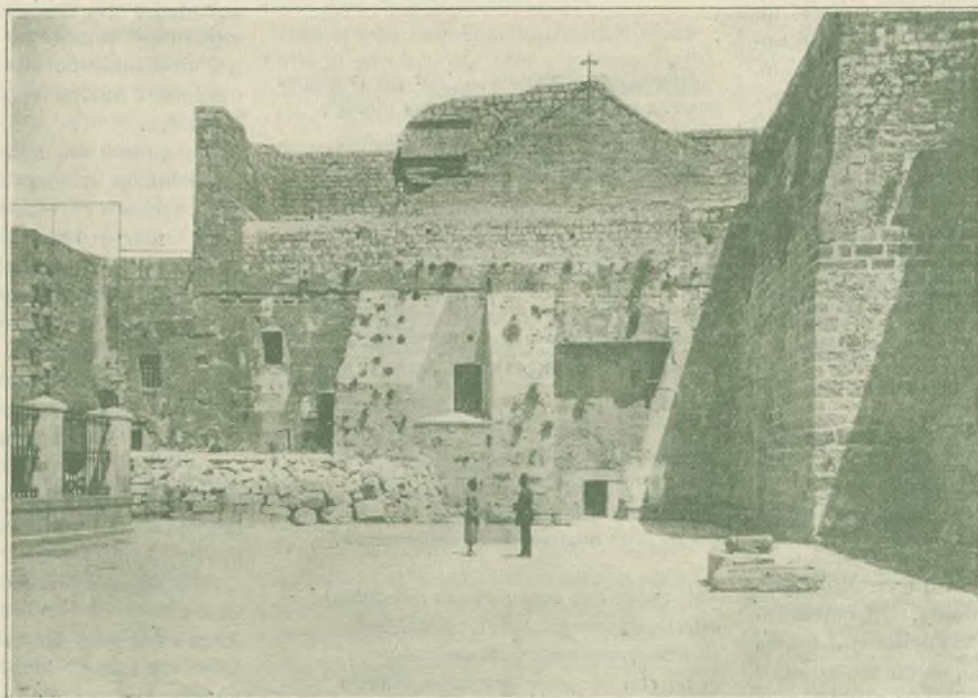
ANTE todo y sobre todo, Navidad es una fiesta de la familia y del hogar; es, bajo el techo que cobija una familia cristiana, donde alcanza su más íntima y sentida celebración. La Navidad recuerda un nacimiento que, como dice Luis de Granada, ha santificado todo nacimiento;

mo infantil que no nos estaría mal a los mayores en la esfera espiritual: una codicia, un aprecio cordial, de los dones de Dios.

Si la Navidad es más alegre en una casa donde hay niños, puede llevar gozo y alegría a todos los hogares, haya o no en ellos gente menuda. Es la fiesta tradicional, una fiesta de recuerdos, y todos hemos sido niños y nos acordamos de ha-

nes de himnos muy antiguos, que se han cantado durante siglos y bajo muy diferentes cielos. Cantemos estos himnos y también los villancicos que a los niños agradan.

El árbol de Navidad, venido de las tierras del Norte, va lentamente aclimatándose en nuestros más soleados países latinos. Tal vez desterrará con el tiempo a los «nacimientos», que son cosa más castizamente española. Por nuestra parte, aun comprendiendo los inconvenientes que tiene toda representación material de



LA IGLESIA DE LA NATIVIDAD, EN BELEN

(Fot. Boyer.)

y nos presenta a un Niño que ha traído sobre toda infancia una nueva y santa aureola.

Por eso, la Navidad es preeminente la fiesta de los niños, y los mayores no acertamos a celebrarla bien sino en la medida en que podemos hacernos de nuevo niños, volver a la sencillez, alegría, esperanza y optimismo de la infancia. ¡Cómo envidiamos la ilusión con que los niños esperan la Navidad! Semanas antes, meses antes, empiezan a pensar, a soñar, a hablar de la Navidad. Por supuesto hace mucho la esperanza de los regalos que se van a recibir. Pero esta misma expectación gozosa de regalos es ya uno de los ingredientes esenciales para una Navidad feliz. Los mayores somos demasiado duros e insensibles para saber, no ya hacer un regalo bien hecho, sino, lo que tal vez es más difícil, recibirlo con el espíritu debido. Hay un egoís-

ber visto alrededor de nuestra mesa caras infantiles iluminadas por el placer de cosas buenas que comer y de sorpresas que recibir.

En un hogar cristiano no se encontrará la ruidosa algarabía con que la pobre gente ignorante quiere expresar un gozo que apenas presiente. Tenemos nuestros himnos de Navidad y los villancicos que los niños han aprendido tal vez en la escuela. Gracias a Dios, nuestros himnologistas evangélicos nos han provisto de preciosos cánticos, algunos de ellos, como el «Venid, fieles todos», traduccio-

acontecimientos santos y divinos, no vemos con entero desagrado la costumbre de «poner un nacimiento», donde no se hayan adquirido costumbres mejores. Hay un peligro todavía más de temer en las celebraciones de la Navidad, y es el que lleguen a ser meras festividades familiares o amistosas, de las cuales quede excluido precisamente Aquél cuyo nacimiento parece celebrarse. Preferible es dedicar algún pensamiento y algún recuerdo al Niño de Belén, aunque sea en forma imperfecta, antes que convertir la Navidad en una mera fiesta pagana.

Haya en nuestros hogares sencilla y natural alegría; pero no falte en ellos el gozo más hondo y permanente de corazones que comprenden cuán «grande es el misterio de la piedad: Dios ha sido manifestado en carne».

C. ARAUJO GARCÍA.

**ESTE NUMERO
HA SIDO REVISADO
POR LA CENSURA**

LA NAVIDAD EN LA IGLESIA

EN todos los hogares de la cristiandad se celebra, de una o de otra manera, la *Nochebuena*. Esta noche de la vigilia de Navidad la llaman los alemanes *Nochesanta*, y los franceses, *Noel* abreviatura del latín *Dies natalis*, día del nacimiento. El *Kerstnisse*, de los holandeses, o el *Christmas*, de los ingleses, no es otra cosa que la *misa de Cristo*, o la *misa del gallo*, que dicen nuestros católico-romanos, mientras que el *Yule*, de los escoceses, y el *Julafton*, de los escandinavos, significa la *noche del solsticio*.

Se comprende fácilmente que los cristianos de estas naciones sientan la necesidad de celebrar tan fausto acontecimiento también en sus capillas, iglesias y templos, hasta que sean trasladados a su patria celestial, donde no habrá templo, porque Dios mismo será su templo; ni sol, porque los alumbrará Jesucristo, el «Astro de eterno fulgor». ¡Entonces si que tendrán cumplimiento real las *Felices Navidades* que solemos desearnos aquí año tras año!

Ya nos inspiran lástima los que no puedan ni sepan celebrar en su hogar la Nochebuena, pero tampoco podemos comprender los que en sus lugares de culto esquivan con cierta terquedad la fiesta de Navidad, bien queriendo dejarla pasar inadvertidamente, bien celebrando reuniones y conferencias con temas tan fuera de propósito, como recordamos haber visto anunciados por este tiempo, verbigracia: «El Purgatorio» o «El juicio final», y tratando con los niños, en sus Escuelas Dominicales, «La Pasión y Muerte de Nuestro Señor Jesucristo».

En manera alguna desatendemos la recomendación del Apóstol de predicar la Palabra, «instando a tiempo y fuera de tiempo»; pero tampoco hubiera él aprobado nunca el que olvidemos o despreciemos lo primero a costa de lo segundo.

Cierto que al principio de la Era cristiana se dió mayor importancia a la Pascua de Resurrección y a la de Pentecostés que a la de Natividad. Y es natural que fuera así, pues cada Domingo recordaba a los fieles la victoria de Cristo sobre la muerte y la fundación de su Iglesia en la tierra. Puede probarse que se celebraba la fecha de la muerte de los mártires mucho más que el día de su nacimiento. Éste nunca podía tener para ellos tanta importancia como el del nuevo nacimiento, ni la venida a este mundo tanta como su entrada en la gloria; pero tengamos también en cuenta que lo segundo está en un todo condicionado por lo primero. Sin esto no puede haber lo otro.

En cambio, puede demostrarse históricamente que ya en el siglo IV se celebraba el 25 de Diciembre como día del nacimiento de Jesús, mientras que anteriormente se conmemoraba el natalicio de Nuestro Señor el día 6 de Enero, juntamente con Epifanía y la Adoración de los Magos. Dicho sea aparte, que, indudablemente, se arraigó en nuestro país la costumbre de agasajar a los niños más bien

LA VIEJA HISTORIA

Alma, ¿por qué cantas?, ¿por qué la alegría pone en tus canciones reflejos de gloria?; ¿por qué tiende el vuelo, di, tu fantasía como alondra al beso primero del día?...

Y el alma responde, llena de armonía: «¡Es por el recuerdo de una vieja historia!, de una vieja historia, cuyo arcano encierra la lírica ofrenda de un amor sin nombre, del amor más santo que envuelve a la tierra, porque es el cariño de Dios hacia el hombre.

Y esa historia antigua, como brisa orea la nueva esperanza de mi salvación... ¿Tú no sabes nada de la pobre aldea donde brotó el casto lirio de Judea con el gran misterio de la encarnación?

Bethlehem, yo contemplo su maravillosa estrella andariega, ¡oh flor prodigiosa de una nunca vista luminosidad!; la estrella que pudo descender al suelo y de ser la reina de luz en el cielo, vino a ser la estrella de la Humanidad.

Y percibo el cántico de aquellos pastores que, como los ángeles, henchidos de amores, cantaron la excelsa gloria del Creador, cuando predijeron al mundo una aurora de paz, prometida en la redentora figura de Nuestro Señor.

¡Oh historia bendita! ¡Oh Niño divino, rayo inextinguible de una eterna luz; faro inapreciable para el peregrino que busca sediento del cielo el camino, sobre sí llevando su penosa cruz!

Todo eso me dice la historia sencilla, la historia fragante de olor a rosas, y es como una lámpara que en la tierra brilla con un infinito fulgor celestial.»

Por eso yo canto, dice el alma mía; por eso al Eterno vuelva mi canción; y conmigo cantan todos los que un día sintieron, ¡oh instante feliz!, que nació Cristo, el Niño amado, en su corazón.

CLAUDIO GUTIÉRREZ MARÍN.

en este día, llamado Reyes, que en Natividad.

Y es que, a medida de organizarse la Iglesia de Cristo, sentíase la necesidad de «hacerlo todo decorosamente y con orden», y a esto se debe que, de una manera natural y orgánica, se formara el ciclo del año eclesiástico. Éste representa toda la historia grandiosa de la salvación, empezando por la primera promesa, dada en el Paraíso, hasta el último cumplimiento de ella, en la segunda venida del Salvador, y nos enseña que no nos conformemos con haber aceptado una vez la salvación, sino que consideremos nuestra vida toda influenciada en su desarrollo por medio del Espíritu de Cristo. La salvación del hombre no es sólo una doctrina, sino también una serie de hechos y perdemos mucho si perdemos el sentido histórico.

No quiere decir esto que demos una importancia exagerada a las fiestas religiosas, como si creyésemos que haya nacido, muerto o resucitado Cristo, precisamente, en ese mismo día de éste o de otro mes, aferrándonos a ello como algunos católico-romanos lo hacen con verdadera superstición. Por eso comprendemos la protesta del reformador Calvino, que no quiso que en su iglesia se celebrase la fiesta de Navidad. «No queremos—dijo—celebrar el nacimiento de Cristo con una fiesta pública, porque si no se apoderaría de ella la superstición. Preferimos celebrarla en adoración y obediencia.»

Esto no está reñido con la celebración de un culto de Navidad, si es que tal culto es un tributo de homenaje espiritual a Dios, durante el cual recibimos a nuestra vez una ayuda poderosa para nuestra santificación diaria. Y siendo así, nos atreveríamos a decir que no hay tiempo más oportuno que éste para que la Iglesia cumpla su misión peculiar.

Fugaz es la alegría callejera; tienen su fin también los más puros placeres del hogar, pero sempiterno es el gozo que nos ofrece la Iglesia en esta época. Palabras como éstas son de palpitante y provechosa actualidad: *Se manifestó la bondad de Dios Nuestro Salvador y su amor para con los hombres. En esto se mostró el amor de Dios para con nosotros: en que Dios envió a su Hijo Unigénito al mundo para que vivamos por Él. Grande es el misterio de la piedad: Dios ha sido manifestado en carne. Aquel Verbo fué hecho carne y habitó entre nosotros. Ya sabéis la gracia de Nuestro Señor Jesucristo, que por amor de vosotros se hizo pobre siendo rico, para que vosotros, con su pobreza, fueseis enriquecidos.*

¡Qué timbre más especial tienen para nuestro oídos tales textos en este día! ¡Cómo salta de alegría nuestro corazón! ¡El alma se derrama en gratitud hacia Dios! No hallamos manifestación más

adecuada que ésta: «¡Oh fiesta entre todas bendita, santísima Natividad!» Y la predicación y las oraciones y los himnos y los coros, todo ello, nos transporta, como en ningún día del año, hacia los campos de Bethlehem para celebrar, en espíritu con los pastores, aquel primer culto de Navidad.

La iglesia de aquella congregación de almas sencillas, gente de nuestra condición, pobre, humilde y oprimida, figuraba una verdadera catedral, la más imponente del mundo. Estaba formada por la bóveda celeste que, descansando sobre pilas-tras de densa niebla, cubría el campo de trabajo, los valles donde ejercían su oficio los pastores. Rayos de luz maravillosa irradiaban como por ventanales incrustados en el firmamento, deslumbrándolos, inundándolos e infundiéndoles gran temor, al mismo tiempo que aparecía en lo alto de un púlpito gigantesco el autorizado predicador, un verdadero mensajero de Dios, que anunciaba el Evangelio antiquísimo y siempre nuevo del amor de Dios para con los hombres, las buenas nuevas de gran gozo para toda la triste y abatida Humanidad. El sermón fué corto, pero contundente y de maestría divina. La claridad de Dios penetró en el corazón de los oyentes destruyendo toda zozobra. A guisa de órgano, el armonioso ritmo de los astros hacía vibrar en el ambiente voces de inefable dulzura y emoción, e inmediatamente recibe tan singular predicación su digno remate con un tan excelso coro como jamás mortales escucharon y ejecutado por una multitud de las huestes celestiales que alababan a Dios y decían: «¡Gloria a Dios en las alturas y en la tierra paz a los hombres de su agrado!»

Hace doscientos años que el primer misionero cristiano llegó a Groenlandia, a los esquimales paganos. Era Juan Egede, predicador noruego, que durante varios años trabajó inútilmente. Una capa de hielo parecía envolver los corazones como aquellas tierras del Océano Glacial Ártico con su nieve y hielos perpetuos. Desanimado, quiso retirarse de aquella región, cuando su valerosa y fiel esposa le rogó encarecidamente que celebrase aún una sola Navidad entre estos paganos. Así lo hizo. Predicó sobre la luz que alumbraba al mundo en Cristo Jesús, y esto lo anunciaba a un pueblo sumergido la mitad del año en una perpetua noche tenebrosa. Una emoción intensísima sacudió a los oyentes. Uno de los más ancianos exclamó interrumpiéndole: «¡Alto aquí, venerable señor, esto es demasiado para un día; tanta luz y tanto amor de una vez es imposible de comprender». El hielo se había derretido; los esquimales rindieron su tributo de adoración ante la santa majestad del que nació en Bethlehem.

JUAN FLIEDNER.

LA CENA DE NOCHEBUENA

DICEN que decía el buen vejete a sus nietecitos, sentados alrededor de la lumbre en una noche de invierno, que allá en los tiempos de su infancia había un matrimonio sin hijos, cosa que sentían mucho, primero, porque hubiera sido para ellos un gran consuelo tenerlos, y segundo, porque siendo ricos en bienes terrenos, habrían podido dejarles un crecido capital. Pero el caso fué, según el abuelo decía, que no tenían herederos.

Don Melquiades Cicerón, que así se llamaba el esposo, era alto y grueso, y de carácter jovial, noble y franco. Doña Margarita Santaella, su esposa, era, como vulgarmente se dice, «el reverso de la medalla»: baja de estatura, delgada, y de carácter brusco y terco, con la tendencia casi general en las esposas de querer dominar a su *Samson* (como ella llamaba a su esposo). Él la miraba con cierta lástima y la dejaba obrar a su antojo, «por no tener quimeras», como él mismo decía. Doña Margarita era muy devota de su iglesia y de sus curas, a los cuales daba buenos dineros, aunque con los pobres necesitados se mostrara tacaña y miserable. Contaba el matrimonio de sesenta a sesenta y cinco años de edad, gozando siempre de buena salud; pero poco tiempo después empezó ella a padecer del hígado y del corazón, y aunque consultó con muchos médicos y gastó bastante en medicinas, se fué agravando de tal manera, que al fin don Melquiades se quedó viudo y solitario.

Pocos días antes de su muerte, doña Margarita hizo llamar a su esposo, y en presencia de los dos médicos que la asistían, le dijo:

— Melquiades, te he llamado para decirte, en presencia de estos señores, lo que deseo que hagas después de mi muerte.

— Dime todo lo que quieras, que yo también, en presencia de ellos, te prometo cumplirlo.

— Pues bien — le dijo ella —, ya sabes que como no tenemos hijos ni parientes cercanos, todo mi capital, menos la parte que dejo para mi iglesia, será tuyo, absolutamente tuyo, sin más condiciones que la de no casarte otra vez, ¿lo oyes bien?; que la mujer que venga a cuidar de ti y de la casa tenga más de ochenta años; que recojas en casa al chico más desamparado que encuentres, y que hagas la mayor obra de caridad, tal como no se haya visto nunca en el pueblo. ¿Estás conforme en cumplir todo lo que te pido? ¿Me das palabra de honor delante de Dios y de estos señores de cumplirlo todo conforme a mi deseo?

— Conforme estoy en cumplirlo todo — dijo él.

— Testigos somos y seremos de ello — dijeron los doctores. Y después de pulsarla y recetarle una medicina, salieron del dormitorio. Don Melquiades, después de besar a su esposa, salió tras ellos.

Tres días después falleció doña Margarita Santaella, y pasados los primeros momentos, don Melquiades empezó a cumplir los encargos que ella le hiciera. La nueva criada que tomó a su servicio se llamaba Elena Peñalver, contaba ochenta y dos primaveras, aunque todavía estaba agila para poder trabajar algunos años más. Había sido esposa de un capitán de Cazadores que murió en el campo de batalla, y le quedó tan corta pensión, que tuvo necesidad de ayudarse trabajando donde podía, así que cuando supo los encargos que doña Margarita había hecho a su esposo, se presentó a solicitar la colocación y fué admitida. Y en verdad cumplía tan bien sus deberes y obligaciones, que don Melquiades no tuvo que arrepentirse nunca de haberla tomado a su servicio.

No diremos que don Melquiades se alegrase de la muerte de su esposa, pero sí que derramó muy pocas lágrimas por ella. Además, «como los duelos con pan son menos», empezó a salir de casa con alguna frecuencia, y, por último, casi diariamente. Pasaba buenos ratos en el café con los amigos, y alguna que otra noche asistía a los cines y teatros para procurarse alguna distracción. También se aficionó a la lotería, en la que todos los meses perdía algo.

Una noche de Diciembre, al salir del café para dirigirse a su casa, se le acercó un chico sucio y harapiento, que mostrándole unos décimos de la lotería que llevaba en la mano, le dijo: — ¡Señorito, por caridad, cómpreme estos décimos que me quedan! ¡No puedo volver a mi casa sin venderlos, porque me darán una paliza y me dejarán sin cenar!

Don Melquiades, creyendo se trataba de algún golfillo, le dijo: — ¡Mira, chico, déjame en paz y vete a otros con tus cuentos!

— No, señor; no le engaño. Si no vendo esta noche los décimos, prefiero quedarme a dormir al raso, aunque amanezca muerto de hambre y de frío. ¡Usted no sabe quién es mi patrona! La tía Margarita es el bicho más malo que come pan, y luego pesca unas borracheras... que ¡pa qué! ¡Ande, señorito, por amor de Dios, que tiene usted cara de buenol

■ Don Melquiades, aunque dudando todavía de las palabras del chico, al oír el nombre de Margarita, se impresionó, re-



— ¡Señorito, por caridad, cómpreme estos décimos que me quedan!

cordando al mismo tiempo uno de los encargos de su difunta esposa.

— Dime la verdad, ¿cómo te llamas?

— Dijo al chico.

— Señor, yo siempre digo la verdad, pues en la escuela que yo iba me decían que «los mentirosos no pueden entrar en el cielo», y como yo quiero ir al cielo...

— ¡Hola, hola!, ¿conque tú quieres ir al cielo? ¿Y para qué? ¿Qué piensas hacer allí?

— Pues mire usted, señorito, por muy mal que esté allí, no pasaré hambre ni me pegará la tía Margarita. Yo me llamo Tomás Chamarino, pero en mi barrio no me llaman más que «El Chamarin».

— ¿Tienes padres?

— No, señor. Mi padre murió en la guerra de Cuba; y mi madre, que estaba en estado interesante... ya sabe usted, que iba a tener cría... le dió un patatús al saber la noticia y se murió. ¡Pobrecilla! ¡Tanto como me quería! ¡Si viviera, no estaría yo como estoy. — Y al decir esto, el pobre chico se limpiaba los ojos con la manga de su chaqueta rota. — La tía Margarita, que vivía junto a mi casa, me engañó; me dijo que si la daba los muebles y la ropa de mi madre, cuidaría de mí, y me tendría como a su hijo Pírolo. Me dijo tantas cosas, que yo me las creí, y pasé por todo. Pero no me tiene como a su hijo ni mucho menos, pues me manda a vender trastos y ropa

vieja, otras veces periódicos y novelas, y ahora décimos de Navidad. A su hijo, aunque no los venda, le acaricia; pero a mí me llama idiota, me deja sin comer, ¡y me da cada paliza que no sé cómo tengo pellejo!

— ¿Y cómo es — le dijo don Melquiades — que te da a vender esos décimos que son de tanto valor?

— ¡Toma, toma! — dijo el chico —, porque está bien segura que no la voy a robar. ¡Dios me libre de tal cosa! ¡No ve usted que en mi escuela me enseñaban cosas muy buenas!

— ¡Pobrecillo! — se dijo don Melquiades —, trae los décimos y vente a casa.

Entrados en ella, le dió el dinero de los décimos, le entregó una buena propina, y mandó a Elena que le diera de cenar. El chico no cabía en sí de contento, y besaba las manos de don Melquiades y de Elena, llorando de alegría.

— Bien — le dijo don Melquiades —, cuida de ese dinero, no lo pierdas ni te lo roben; y si quieres venirte aquí con nosotros, se lo dices a tu patrona, y si ella quiere, te vienes mañana mismo. ¿Lo oyes?

— Muchas gracias por todo, señorito. Mañana, si Dios quiere, quiera o no quiera la tía Margarita, me tendrán ustedes aquí. Y Tomasito corrió a su casa dando gracias a Dios y más contento que unas pascuas.

La tía Margarita, al verle entrar, tartamudeando a causa del aguardiente que había bebido, le dijo: — ¿Ya estás aquí, danzante? ¡Vaya unas horas de venir a mi casa! ¿Qué has hecho de los décimos que te di? ¿Los has perdido? ¿Te los han robado? Cuando callas, es señal de que te ha ocurrido algo.

Y tambaleándose fué a coger un palo, y ya iba a descargarlo sobre el pobre muchacho, cuando éste le gritó: — ¿Pero qué va usted a hacer, señora? ¡Si los décimos los he vendido! ¡Aquí tengo el dinero; véalo usted!

Tomasito contó a la fiera mujer ce por be todo lo que le había ocurrido, terminando por decirle: — Conque ya sabe usted: mañana, si Dios quiere, me marcho de esta casa.

— ¿Cómo? ¿Que mañana te marchas de aquí? ¡Tendría que ver! ¿Quién es ese caballero para mandar en ti? ¡Así como nada voy, yo a dejarte ir! Yo que te visto, te doy de comer y te trato como a un hijo... Si, si; mañana iré yo contigo a esa casa, y como no me den una buena recompensa por lo que he hecho por ti, no te quedarás allí, ¡te lo aseguro!

— Bueno, señora; venga usted conmigo mañana si quiere. Ahora voy a tumbarme, que tengo sueño. Conque recoja usted ese dinero, y hasta mañana.

— ¡Bueno, bueno, acuéstate, que mañana «verá el tuerto los espárragos»!

A la mañana siguiente, muy temprano, Tomasito y la tía Margarita se encaminaron a casa de don Melquiades. Elena, la criada de éste, acababa de levantarse, cuando llamaron a la puerta, y no fué poca su sorpresa al abrirla y encontrarse con el chico acompañado de aquella mujer.

— Bueno — les dijo —, tomen asiento, que voy a llamar al señorito.

Poco tardó éste en presentarse, diciendo: — Señora, a este pobre chicho ya le conozco, pero a usted... no tengo el honor... ¿Qué es lo que desea?

— Pues bien, caballero. Este chico lo recogí yo por caridad cuando murieron sus padres. Así que desde ese día he sido para él... su segunda madre. Ahí está él, que lo puede decir. — Y diciendo esto miró a Tomasillo, dándole un pisotón y guiñándole un ojo. — Desde entonces le he vestido y le he dado de comer... en fin lo necesario... Así que si quiere usted aprovecharse de él... Yo soy una pobra viuda... y siquiera por el tiempo que lo he tenido en casa... pues... nada, que si usted me da una gratificación regular, pues... bueno... puede quedarse, y si lo van a tratar bien. Porque... la verdad... yo le tengo cariño y le trato como a mi propio hijo, como a mi Pírolo. ¿No es verdad, Chamarin?

— Señora, yo nada he de decir; que se lo pregunten a los vecinos de la calle, que ellos lo dirán — contestó el chico.

— Bien, señora; yo también sé algo de



Y se marchó, con gran alegría de Tomasito.



Al día siguiente, anochecido, que era la hora señalada para la cena, fueron llegando los invitados.

eso. Pero si le parece iremos a la Comisaría de su distrito, y si el señor inspector opina que debo darle a usted algo, estoy dispuesto a hacerlo. Conque voy a ponerme el sombrero y vamos allá en seguida. ¿Está usted conforme con esto?

La tía Margarita al oír la proposición de don Melquiades, se levantó de un salto y dijo: — Mire, caballero, no se moleste; que se quede aquí el Chamarín, que yo me marchó, que tengo mucho que hacer. Si quiere usted mandarme algo a mi casa, ya sabe él dónde vivo, y si no que les vaya bien a todos. Adiós.

Y ya se disponía a marcharse, cuando don Melquiades, deteniéndola, le dijo: — Espere un poco, señora, tome esto de regalo, pero no espere que este pobre niño vuelva más a su casa.

Y puso en sus manos un billete de Banco, no sé sabe de qué cantidad. Lo que se sabe es que ella le dió muy repetidas gracias, y que al salir le dijo: — Dios quiera, y San Antonio bendito, que les toque «el gordo de Navidad». — Y se marchó, con gran alegría de Tomasito, que temía volverse con ella a su casa.

A todo esto llegó Nochebuena. El niño fué objeto de toda clase de regalos: un traje completo, un buen abrigo..., en fin, la promesa de ir en Enero a la escuela, eligiendo él la escuela evangélica donde había ido, y donde le habían enseñado tantas cosas buenas. Una de las noches precursoras de la Navidad, hablándose de todo un poco, recordó don Melquiades el último encargo que su esposa le hiciera antes de morir, y dijo:

— ¿Qué os parece que hagamos en estos días, que no lo haya hecho nadie en el pueblo?

Todos empezaron a hacer cálculos sobre ello. Uno decía una cosa; otro, otra; hasta que preguntó a Tomasito:

— Vamos a ver, ¿qué es lo que harías tú?

— No sé si lo que voy a decir será del gusto de ustedes; pero yo haría una cena y sería el encargado de llamar a los convidados.

— ¡Toma, toma! — dijo don Melquiades —, una cena es una cosa muy co-

rriente, y más en estos días en que se celebran tantas por todas partes.

— Pues yo les aseguro que si la cena se hace según mi pensamiento, será una cena como no la habrá hecho nadie en el pueblo.

— Bien, ¿qué crees tú que se necesita para eso?

— Pues se necesita todo lo que puedan comerse y beber mis convidados, y como éstos han de ser muchos, ¡pues se necesita... mucho de todo! Además, traeremos músicos para que toquen, y no se habrá visto cosa igual.

— Pues, nada — dijo el dueño de la casa —; por mi parte, concedido todo, con tal de que pueda cumplir bien el último encargo de mi querida esposa. Yo me encargaré de que traigan la comida necesaria; Elena se encargará de las frutas y dulces; y tú, Tomasito, de invitar a los convidados.

— No sé, mis nietecitos — decía aquel abuelo —, si habréis adivinado el pensamiento de Tomasillo.

Él recordaba haber oído alguna vez en la Escuela Dominical de un hombre que hizo una gran cena y convidó a muchos, y como éstos se excusaran, mandó a sus criados que convidaran a todos los pobres desgraciados que encontraran por las calles, por las plazas y aun por los campos.

Tomasito, recordando esto, hizo lo mismo. Salió por las calles y plazas del pueblo, invitando a todos los más pobres, inválidos, cojos, mancos...; también invitó a cuantos músicos encontró a su paso, hasta un hombre que vió con un bombo, platillos, triángulo y hasta acordeón, para completar con todos ellos su orquesta.

Al día siguiente, anochecido, que era la hora señalada para la cena, fueron llegando los invitados, que Tomasito colocaba en sus sitios, al mismo tiempo que Elena iba poniendo sobre las mesas las fuentes y platos, en los que se veían variados guisos de pavos, gallinas, pollos en pepitoria, conejos en salsa, pescados de varias clases, vinos, frutas, turrónes, mazapanes... y todo en abundancia.

Quando don Melquiades se presentó en el salón, los músicos, a una señal convenida con Tomás, empezaron a tocar, y los

invitados a bailar: cojos con mancos, mancos con ciegos, y así todos. Elena, al oír la música, acudió también y recordando sus buenos tiempos, bailó con don Melquiades, invitada por él.

Cuando ya se cansaron unos y otros de bailar, fueron pasando al comedor y ocupando sus asientos alrededor de las mesas. Los invitados arremetieron con tantas ganas contra los manjares, que en poco tiempo lo devoraron todo. Algunos brindaron con entusiasmo, dando las gracias y la enhorabuena a los de la casa por ejercer la caridad con los que verdaderamente la necesitaban.

Don Melquiades, satisfecho por haber cumplido ya el último encargo de su esposa, aplaudía el acierto de Tomasito, y éste, dando por terminado el acto, se subió a una silla, y pidiendo a todos que le corearan, dijo:

¡Viva don Melquiades!
¡Viva doña Elena!
¡Y viva la cena
de la Nochebuena!

JOSÉ MORENO.

Dibujos de Máximo Ramos.

CÁNTICO DE NAVIDAD

*Brillante luz del Cielo
en noche bendecida,
anuncia la venida
de «Cristo el Salvador».*

*Al par, resuenan voces
en la región celeste;
son cantos de la hueste
de «Cristo el Salvador».*

*Humildes pastorcillos
que guardan sus ganados,
son los privilegiados
de «Cristo el Salvador».*

*Belén es preferida
para su Nacimiento;
establo, el aposento
de «Cristo el Salvador».*

*En ruín lecho de pajas,
¡oh singular encanto!,
descansa el cuerpo santo
de «Cristo el Salvador».*

*Humilde fué la cuna,
humilde el aposento,
mas ¡gloria al Nacimiento
de «Cristo el Salvador»!*

*Cantemos alabanzas
y honremos la memoria
de la bendita historia
de «Cristo el Salvador».*

J. M. C.



El castillo de la anciana condesa Emma Des Bois.

EL HUERFANITO

(CUENTO DE NAVIDAD)

LAS diez de la noche acababan de dar en el reloj de la iglesia del pueblecito de la Vielle en la Baja Bretaña. La finísima nieve que había empezado por el día, iba menudeando cada vez más.

Vispera de la Natividad, en las casitas del pueblo todo era bullicio y alegría.

No sucedía lo mismo en el castillo de la anciana condesa Emma Des Bois. Viuda desde hacía muchos años, la noble dama vivía recluida en su mansión, sin más compañía que un antiguo criado y la hija de éste, joven de veinticinco años.

Al perder a su esposo, le quedó, para su consuelo, un niño que hacía sus delicias; pero una cruel enfermedad le arrebató la vida a los siete años, dejando a su madre sumida en la mayor tristeza.

Siguiendo una antigua costumbre, la condesa cenaba en esta noche con sus sirvientes, y ya se disponían a sentarse a la mesa, cuando el timbre de la puerta del jardín sonó violentamente.

— ¿Quién llamará a estas horas y en tal noche? — dijo el viejo Fabián.

— Baja a ver quién es — exclamó la condesa.

Bajó, en efecto, el viejo servidor, seguido del perro *Ali*, que ladraba fuertemente.

Al abrir la puerta no vió a nadie; tan sólo divisó en el umbral un bulto que se movía; al examinarlo vió que era una criatura.

— Un niño, señora — dijo a la condesa, que se había asomado un momento al balcón.

— ¡Qué inhumanidad!; súbelo en seguida — dijo la señora.

Subiólo el viejo, y la dama y su doncella empezaron a examinarlo. Era un hermoso niño. Al desenvolverlo, un papel doblado cayó al suelo. Recogieronle, y la condesa leyó lo siguiente:

«Señora: este niño es hijo de la desgracia; su padre ha muerto en la guerra, y su madre al darle a luz. Sólo le queda una abuela paralítica, recluida en un asilo. Somos en casa muy pobres y viejos, y no le podemos tener; suplicamos a la señora le envíe con algún servidor a la Casa-Inclusa, pues para nosotros está muy lejos.»

Un mundo de reflexiones acudió a la mente de la condesa al leer estas líneas.

¡La Inclusa! Muchos años hacía cuando su hijo Gustavo, apenas contaba cinco, fué con él a visitar la Casa de Maternidad de la capital.

El niño, con curiosidad infantil, iba examinando las cunas, y al llegar a una en donde había un pequeñuelo de sonrosadas mejillas y blondito cabello, exclamó dando palmadas:

— Mira, mamá, ¡qué bonito!; vamos a llevarle a casa.

— ¿Para qué, hijo mío? — dijo su madre.

— Porque así yo tenía con quién jugar, y después — dijo como herido por una idea repentina —, si yo me iba al Cielo

como mi primito, te quedaba otro niño.

No paró mientes la condesa en las palabras de su hijo; pero hubo de recordarlás más tarde. Efectivamente, él se había ido al Cielo como su primito, dejando a su madre en la mayor amargura.

Pero el niño lloraba, y la señora y su doncella, después de envolverlo en paños limpios, le dieron leche caliente, que el pequeño absorbía con ansia. Después le puso la señora en uno de los almohadones del sofá, colocándole en el suelo, cerca de la estufa, bien repleta de leña. Pronto el niño, con el alimento y el calor, quedó apaciblemente dormido, teniendo a su lado el perro y la gatilla de la condesa.

Sentáronse entonces a la mesa, y después de leer la historia del Nacimiento de Jesús, cenaron hablando del suceso. Por primera vez, desde hacía muchos años, la anciana condesa se mostraba expansiva y su semblante no estaba sombrío. Pero pasaba el tiempo, y de pronto, la campana de la iglesia empezó a voltear, y alegres cánticos resonaron por doquiera, viéndose por la campiña muchachos con antorchas encendidas, según su costumbre, gritando alegremente: ¡Navidad! ¡Navidad!

Gilda, la doncella, dijo entonces: — ¡Qué hermosa es la Navidad!; pero este pobre niño que va al asilo tendrá de ella triste recuerdo.

— Este niño no saldrá jamás de mi casa — dijo la condesa —; el Jesús nacido en el establo le trajo a mi puerta, y yo, Emma, condesa Des Bois, le adopto por hijo, y espero que, cuando sea hombre, mirará con el corazón lleno de gratitud la Natividad, recordando que en esta noche el bendito Jesús le dió la protección y el cariño que le faltaba.



— Este niño no saldrá jamás de mi casa.

Calló la anciana. Gilda la besó las manos sin hablar, y su padre, conmovido, dijo: «La señora es buena como un ángel; pero mire—añadió cambiando de tono—, si parece que está aquí el Nacimiento de Belén: la lumbre de la estufa, es la fogarata de los pastores; el perro y la gata, los animales del establo; nosotros, los reyes magos, y el niño echado en la almohada... pues ¡el mismo niño Jesús!»

La condesa sonrió; mas bajo una forma ruda y sencilla, ¡cuánta verdad tenían las palabras del fiel servidor!

El niño que en aquel momento recibía la cariñosa protección de la condesa, era la viva representación del Niño cuyo nacimiento celebraba entonces toda la Cristiandad, y la anciana señora, al adoptarle, hacía verdaderas las hermosas palabras de Jesús: «El que recibe a un niño en mi Nombre, a Mi mismo recibe.»

Laura Martínez

Ilustraciones de Marín

EL PAVO QUE SALVO AL NIÑO

Ml abuelo tuvo una vez un pavo de nombre *Sultán*. Era un ave muy notable y le gustaba la compañía humana casi más que el estar entre los de su propia clase. Así que no era cosa extraña hallarlo dentro de la casa, en el corredor, o con-toneándose por el patio, a fácil alcance de cualquiera que quisiese acariciarlo.

Por comer de una mano amiga era capaz de dejar cualquier otro alimento, porque *Sultán* era muy sociable, muy gentil en sus maneras y un poquito pende-ciero, como lo son la mayoría de los de su especie, y contrariamente a lo que ocurre con los pavos comunes, a él le gustaba jugar. Era especialmente adicto a los niños.

Pero *Sultán* no dejaba de ser un pavo; y de acuerdo a las ideas de mamá, los pavos no debían estar en la casa, sino en el corral. Así que cada vez que nosotros visitábamos al abuelito, se encerraba a *Sultán* en el corral, no permitiéndole entrar ni aun en el patio de alrededor de la casa.

Este trato severo hería de tal manera los sentimientos del ave, que permanecía en un rincón apartado, tratando de esquivar a mamá, que era la culpable de su destierro. Pero llegó un día, sin embargo, en que el orgulloso *Sultán* no sólo pudo entrar en el patio, sino que hasta se le instó a comer de la mano de mamá, y se le concedió entera libertad para gozar de cualquier lugar que quisiera. El motivo fué el siguiente:

La casa de abuelito estaba en el campo, en una huerta grande, y en ella crecían muchas clases de frutales. Mamá era muy aficionada a los melocotones. Le gustaba mucho arrancar los más maduros del árbol mismo y comerlos allí para aprovechar más su fresca dulzura. Pero una mañana, cuando ella se acercaba a un melocotonero para buscar fruta, sintió algo blando moverse debajo de sus pies. Dió un salto y profirió un grito tan agudo que atrajo en su auxilio a dos hombres de un campo cercano. Y ¿qué pensáis que era la causa de tanta excitación?

Allí, debajo del árbol, tendida cuan larga era, había una serpiente de las montañas, comiendo un jugoso melocotón. Era en verdad motivo de alarma, pues la mordedura de esta serpiente es a menudo fatal. El melocotón que tenía en la boca impidió a la serpiente hacer daño a mamá. Los hombres se apresuraron a matar la serpiente y llevaron su cuerpo a la casa, donde enseñaron su presa, pues se consideraba que era uno de los reptiles más grandes de su clase. *Sultán* se alarmó en seguida al ver la serpiente, pero finalmente hizo un atrevido ataque al cuerpo muerto, entreteniendo con sus extrañas acciones a los que presenciaban la escena. Finalmente, uno de los hombres sacó afuera a la serpiente muerta y la enterró en el campo. Pero no ocurrió lo mismo con su compañera.

El tiempo era tan caluroso que todos deseaban permanecer cuanto tiempo pudiesen fuera de la casa. Mi hermano mayor, que era entonces un bebé, no podía dormir dentro de la casa, así que mamá extendía un colchón, sobre el pasto y lo colocaba sobre él, confiando en que mientras ella cosía, el chiquito se dormiría. Una vez, el pequeño daba tantas promesas de querer dormirse, que mamá lo dejó solo y se entró en la casa.

Cuando ella se hubo ido, mi hermanito se las arregló para salir del patio, arrastrándose hacia el granero. Nadie sabía que él no estaba durmiendo en salvo en su improvisada camita, a excepción de *Sultán*. Fiel a su afición a los niños, el pavo aprovechó su primera oportunidad de acercarse al bebé, corriendo hacia él tan ligero como podía.

Cuando casi había alcanzado al niño algo lo hizo detenerse de repente. Gritó furiosamente un momento; luego extendió las alas, encrespó las plumas y se lanzó, delante de la criatura que se arrastraba, sobre algo que lo alarmó, al punto de hacerle proferir gritos que pusieron en conmoción a todas las aves del gallinero. *Sultán* luchaba, luchaba rudamente contra algún peligro que amenazaba a la criatura indefensa.

Se produjo tal algarabía que mamá se apresuró a ir a la puerta a ver lo que pa-

saba. Imaginaos el susto cuando vió a su bebé a sólo un metro de distancia de una ponzoñosa serpiente que había sido detenida por los esfuerzos del pavo. Probablemente el bebé había sido atraído por los hermosos colores de la serpiente. Mamá atravesó casi volando el patio y en un momento tuvo al bebé en sus brazos, libre de daño.

En ese momento llegó abuelito con uno de sus mejores perros de caza. El perro vió en un instante el conflicto en que se hallaba el pavo y acudió en su ayuda. Asiendo diestramente a la serpiente por el lomo, dió fin a la segunda mortífera vibora de las montañas. Entonces abuelito llamó a *Sultán* y al perro para recompensarlos por su buena acción.

Ellos acudieron pronto, listos para recibir sus caricias, pero el pavo parecía un poco decaído. Al notarlo, mamá lo llamó con nombres cariñosos, ofreciéndole golosinas y haciéndole entrar al vestíbulo, donde se sentía siempre tan a gusto. Pero *Sultán* no fué ya lo que había sido. Sólo por dos o tres días más gozó de los beneficios de su plena libertad. Una mañana, poco después de su lucha con la serpiente, se halló a *Sultán* durmiendo el sueño del cual los pavos no se despiertan más. Abuelito lo amaba tanto que aun hoy llora al recordarlo. Al ir a enterrarlo, se detuvo un momento y dijo:

— *Sultán*, viejo amigo, fuiste un héroe. Les tenías miedo a las serpientes, pero el temor no te detuvo de luchar con una de ellas, en tus esfuerzos por proteger a nuestro bebé. Eso es verdadero heroísmo.

Seguramente que el pavo no sabía nada de lo que se decía, puesto que estaba muerto. Cada uno volvió a la casa, y después, cuando todos se hallaban reunidos, abuelito le dijo a mamá:

— Enriqueta, ese pavo murió por salvar a nuestro bebé. Debiera ser ello una lección duradera de que debemos ser bondadosos con los animales, y aun con los pavos.

Mamá abrazó a mi hermanito fuertemente, mientras replicaba:

— Siempre me acordaré de *Sultán* papá; y cuando mi bebé llegue a ser mayor, le contaré del pavo que perdió su vida por salvarlo. Verdaderamente, *Sultán* me ha enseñado una lección.

ROBERTO G. STRICKLAND.

La primera vez que se celebró la Navidad [como fiesta cristiana fué en el año 190 de nuestra era.

Los villancicos datan, según se cree, del siglo XI.

En Londres se venden todos los años más de veinte mil arbolitos de Navidad.

Esfuerzo Cristiano

Cómo alcanzar ideales cristianos.

Dom., 2 de Enero. Fil., 3, 12-14.

Lecturas diarias.

Lunes . . .	Amor	1.ª Ped., 4, 8.
Martes . . .	Servicio	Deut., 10, 12.
Miércoles . .	Bondad	2.ª Cor., 6, 1-10.
Jueves . . .	Pureza	1.ª Juan, 3, 3.
Viernes . . .	Poder	Ef., 3, 14-21.
Sábado . . .	Desprendimiento . .	Fil., 2, 1-11.

Notas preliminares.

El primero y mayor ideal es el ser semejantes a Cristo. Por lo tanto, nuestro anhelo ha de encaminarse a imitar a Cristo de modo que podamos obtener una comprensión más íntima de Él.

No hay nadie en el mundo que tenga toda la caridad y la paciencia que es posible poseer. Somos ligeros en juzgar y prontos para condenar lo que no comprendemos. La generosidad es una virtud real y necesitada.

En un día de bullicio no tenemos tiempo para demostrar la afabilidad que manifiesta a Cristo; no tenemos oportunidad para hablar con los pobres y enfermos con la cortesía con que lo haríamos si se tratara de persona de alta alcurnia. Nuestro ideal debe ser una mente pura; y esto se consigue llenando nuestra mente de tantas cosas buenas, que no haya lugar para las perniciosas.

Ilustraciones.

A un caminante que preguntaba acerca del camino que debía seguir, se le contestó: «Diríjase hacia aquella luz y llegará al pueblo». La luz es el ideal que debemos seguir.

Servicio desinteresado debe ser el ideal de todo cristiano. La vida de Johnson, por Bomell, es un libro excelente, sencillamente porque su autor se suprimió a sí mismo y sólo habló de su maestro.

Temas para pensar.

¿Qué es un ideal? ¿Qué ideal debemos tener para nuestra Sociedad? ¿Qué ideales para nuestras propias vidas?

Pensamientos.

Creo que la primera virtud es dominar la lengua. — *Cots.*

Hay hombres que pueden morir sin opiniones y, sin embargo, ser llevados por los ángeles al seno de Abraham; pero si uno muere sin amor, ¿de qué le valdrá su conocimiento? — *Juan Wesley.*

Si sabes que una cosa es recta, hazla. *J. B. Gough.*

Sociedades infantiles.

Moisés, legislador.

Dom., 2 de Enero. Éx., 19, 17-20; 20, 1-17.

El que dirija puede hacer una descripción del hecho histórico referido en el ca-

Cultos de Navidad en Madrid.

Sábado 25
(Navidad).

Once de la mañana:

Iglesias de Calatrava y Beneficencia.

Siete de la tarde:

CULTO INFANTIL

en la

Iglesia del Noviciado.

Domingo 26

A las horas de costumbre:

En todas las iglesias.

pítulo XIX del Éxodo, preguntar un mandamiento diferente a diez de los niños que se hayan reunido y darles breves explicaciones sobre ellos. ¿Por qué debemos obedecer a Dios? ¿Cuál es el premio de la obediencia? ¿Quién cumplió perfectamente la ley de Dios? ¿Qué podemos aprender de Moisés?

ESPAÑA EVANGÉLICA

PERIÓDICO SEMANAL

Precios de suscripción:

Un año	8 pesetas
Seis meses	4
Extranjero: Un año	15
Seis meses	8
América: Un año	2 dólares
Seis meses	1
No se admiten suscripciones por menos de seis meses.	
Las suscripciones darán principio en 1.º de Enero o 1.º de Julio.	

Suscripciones por paquetes:

Paquetes de 10 a 50 ejemplares:	
España	6 ptas. por ejemplar al año.
Extranjero	12
América	1,50 dólar
Paquetes de 51 ejemplares en adelante:	
España	5 ptas. por ejemplar al año.
Extranjero	10
América	1 dólar

Las suscripciones de paquetes en España podrán pagarse por trimestres, pero siempre dentro del trimestre respectivo.

NÚMERO SUELTO: 15 céntimos.

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:

BENEFICENCIA, 18. MADRID, 4

APARTADO 4024

ADMINISTRADOR:

FERNANDO CABRERA

La Redacción de España Evangélica está formada por Adolfo Araujo, Carlos Araujo García, Agustín Arenales, Fernando Cabrera, Alejandro Campo, Jorge Flíedner, Juan Flíedner, Claudio Gutiérrez Marín y Luis Villaoz.

Escuela Dominical

El cristiano, seguidor de Jesús.

2 de Enero.

Mar., 1, 16-20; 2, 13-17;

1.ª Juan., 2, 6.

TEXTO ÁUREO: Y le dice: Sígueme. Y, levantándose, le siguió. — Mar., 2, 14.

Durante el primer trimestre de este año seguimos un plan algo diferente del acostumbrado. En lugar de estudiar por su orden los hechos de la Historia Sagrada, tomamos algunos de los elementos esenciales de la vida cristiana.

¿Qué es un cristiano? Nuestra lección de hoy contesta: Un hombre que sigue a Jesús. Toma nuestra lección el caso de los primeros discípulos que nuestro Señor tuvo cuando dió comienzo a su ministerio público. ¿Cómo empezaron a ser discípulos de Jesús? De una manera muy sencilla: Jesús los llamó y ellos le siguieron.

Aquellos hombres no sabían todavía quién era Jesús, ni tenían ideas muy claras acerca de la obra que Jesús iba a realizar. Pero al dejar los unos sus redes y el otro su oficina recaudadora de impuestos, sabían que estaban tomando un nuevo rumbo en sus vidas, que estaban entrando por un camino nuevo, en el cual tenían que seguir a aquel Maestro a donde Él los llevara.

Esto implicaba fe en Él. No podrían formular de una manera correcta esta fe; pero era una fe genuina, demostrada con hechos. Sabían que Jesús iba a ser su Maestro, y aceptaban su autoridad y su enseñanza. Jesús dijo a Simón y Andrés: «Venid en pos de Mí, y haré que seáis pescadores de hombres.» Reclamó para sí el derecho a disponer de sus vidas y a transformarlas. Ellos reconocieron este derecho.

Más tarde llamó a Mateo el publicano. Mateo sabía lo que aquel llamamiento implicaba. Hizo un gran banquete para celebrar el acontecimiento y para despedirse de sus antiguos amigos y compañeros de oficio. Dió el adiós a su vida pasada. Sabía también que era pecador y que Jesús lo había llamado por eso mismo. «No vine a llamar justos, sino pecadores.» Esto lo oyó decir a su Maestro en respuesta a las censuras de los escribas y de los fariseos.

Aquellos primeros discípulos de Jesús aunque no supieran, porque no era tiempo todavía de saberlo, lo que hoy sabe el niño más pequeño de una Escuela Dominical, tenían la disposición de ánimo que caracteriza a un cristiano. Eran hombres de Cristo. Le habían aceptado por Maestro y Señor; estaban dispuestos a seguirle; sabían que Él tenía el remedio para las necesidades de sus almas. Habían entrado en relación personal con Él. Y esto es un cristiano: un hombre que cree en Cristo, que le ama y que le obedece.

Suscríbese a ESPAÑA EVANGÉLICA